

LIBROS

Abrir una puerta
puede
ser peligroso

En la editorial Siglo XXI ha aparecido recientemente una digna y cuidada traducción de la obra ya clásica de Scholem, "La kábala y su simbólica". Nunca me cansaré de repetir, a quienes quieran o puedan oírme, que la kábala al igual que la alquimia o el tantra, son un psicoanálisis "avant la lettre"; éste es, por cierto, igualmente el punto de vista de otro escritor judío, David Bakan, en un brillante estudio sobre las relaciones inconscientes entre Freud y el pensamiento judío (1). Ni que decir tiene que el psicoanálisis al que yo me refiero no es en absoluto el que se traduce en forma de terapia, es decir, aquel cuya función no es tratar de hallar o de inventar una estructura o "un discurso" al genio de lo patológico, sino por el contrario, la de borrarlo o sofrenarlo: este psicoanálisis ya fue desacreditado por Otto Rank al decir que no hacía sino reforzar "el modelo humano existente"; existen otros mundos. A lo que yo me refiero no es, pues, a toda esa serie de chapuzas que tienden a toda costa a remendar la estructura del sujeto, sino a toda la cadena de tentativas, siempre tan heroicas como fracasadas y, en muchas ocasiones, humilladas por la locura, que quisieron lograr lo que Lacan llama la "subversión" o la "reforma" del sujeto, es decir, su pasaje más allá de ese -I en que lo sitúa su "fente" o partición inicial, que no es para mí sino la ruptura con su propio cuerpo. Sólo ese "fente" o escisión inaugural puede explicar que haya cabida aún para una medicina orgánica, pues si las enfermedades son de "otro", ello quiere decir que no somos nosotros mismos. Ahora bien, es de ese fondo animal, al que Mosé Cordero llamó "chijuth" o "alma animal", del que nos habla la kábala. Y ello de dos formas: una en tanto que ese inconsciente corporal o biológico ha de constituir lógicamente la memoria de la especie, es decir, la

(1) David Bakan, *Freud et la mystique juive*. Ediciones Payot.



Sigmund Freud.

memoria de su paso por el cosmos y de su lugar en él: de ello nos habla la primera parte de este libro. Otra, de una manera que podría precisarse así: sucede que el inconsciente del hombre es cuerpo, es decir, el cuerpo de un animal: ahora bien, ese animal es el golem; este punto, que forma la última parte del libro, es donde nos tocará insistir más. El golem, nos dice Scholem, era para los kabalistas semejante a esa espontaneidad primera de la infancia, y como el infans lacaniano, no tenía palabra; es decir, su palabra era esa intensidad verbal pura, esa palabra-fuerza que constituye el balbuceo infantil, al otro lado de lo simbólico y de la mediación de lo abstracto. No es raro, pues, que se nos aconseje recuperar ese golem, o su equivalente alquímico, el Homunculus (el "hombrecillo"), por una "ronda infantil": recordemos que según Freud el inconsciente se oculta a los cuatro o cinco años. Del hecho de que la recreación del golem implique una muerte y un nacimiento nos habla una leyenda, según la cual el golem es enterrado y luego extraído de la tierra. Pero importa tener presente que ese renacimiento, esa creación o invención de un yo total y supremo nos exige sucumbir antes a la muerte de la identidad escindida: "hace falta morir para amar a la Scheckina", al "ánima". Y en esa muerte previa, que equivale a lo que los alquimistas prevenían bajo el nombre de la "nigredo" (la oscuridad), estriba el peligro del golem; destruir totalmente el alma de su creador. "La creación del golem tiene sus peligros, ella es, como todo lo que lleve consigo la grandeza, algo muy peligroso, pero estos peligros no provienen del go-

lem, sino del hombre mismo". Al cruzar esa frontera sucumbieron mentes como la de Groddek o Reich: es como si hubiera una maldición para todo aquel que regresa a la infancia. Y para terminar con el golem, hablaremos de otro peligro más grave que nos menciona la leyenda: un golem mal creado, torturado, envenenado, enloquecido —y ello debido, sin duda, al efecto corporal de "synchronicity" descubierto por Bakster— "podría destruir el mundo": dejó al poder de adivinación del lector el intuir por qué asocio esta amenaza con la siguiente profecía de Nostradamus:

"De gent esclave, le desastre et la guerre la siccité, feu horrible et meurtres sans raison a l'advenir, par idiots sans testes, seront receus par divins oraisons". ■

LEOPOLDO MARIA PANERO.

Susan Sontag:
Illness
as Metaphor

Susan Sontag, la autora de *Contra la interpretación*, que visitó recientemente España y fue muy bien acogida por la prensa, acaba de publicar un nuevo libro: *Illness as Metaphor* (1). Se trata de una original e iluminadora incursión en la mitología y falacias, tanto literarias como sociopolíticas, creadas en torno a la tuberculosis y al cáncer. Su tesis es que las enferme-

(1) Susan Sontag, *Illness as Metaphor*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1978.

dades no deberían tener nada de metafórico y que habría que enfrentarse a ellas como realidades desprovistas de toda significación alegórica.

La tuberculosis fue una enfermedad estetizada por los románticos. La enfermedad daba status. El enfermo creía haber descubierto por la enfermedad la individualidad, la sensibilidad, la delicadeza de espíritu. Era una manera de salir del ambiente vulgar y burgués de la época. La tuberculosis obligaba a buscar fuera de la ciudad un lugar puro, sano, en donde el espíritu del enfermo pudiera desarrollar plenamente sus sentidos y su adquirida sensibilidad artística. La tuberculosis, apunta Susan Sontag, era tenida exclusivamente como una enfermedad del pecho, lo que quería decir del alma.

Se creía, en suma, que la tuberculosis revelaba la personalidad del individuo, ayudándole a descubrirse a sí mismo y desarrollar plenamente sus actividades artísticas. Tal era la mitología en torno a este mal. Pero al descubrirse su causa real, esto es, el bacilo de Koch, y al inventarse años después, en 1944, la estreptomocina, la mixtificación de la tuberculosis dejó de tener vigencia.

Los románticos, como decía, creían que la enfermedad revelaba la personalidad del enfermo. Partiendo de este supuesto, en nuestra época se cree que la personalidad del individuo es la causa de la enfermedad. Y de la enfermedad del cáncer, que es la más mortal y de la que menos se sabe. Pero esta enfermedad, a diferencia de la tuberculosis, no descubre la personalidad del individuo, sino que poco a poco la devora, sustituyendo el organismo por otras células, cancerosas, que destruyen y aniquilan.

Susan Sontag.

